

Ana Martín Méndez

Amores perros  
y demás venganzas



*Amores perros  
y demás venganzas*

Ana Martín Méndez

Esencia/Planeta

© Ana Martín Méndez, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Hobbit y Outc / Shutterstock  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: septiembre de 2020  
ISBN: 978-84-08-22714-4  
Depósito legal: B. 6.776-2020  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Lo primero de todo



«Al próximo que me suelte una frase feliz le vomito encima.»

Llevaba tantos meses oyendo consejos supuestamente reconstituyentes, esos que la gente me ofrecía como si fueran vitaminas, que, una de dos, o me defendía o me consumía, como una naranja a la que le han exprimido hasta la cáscara.

En primer lugar, mi madre no se hartaba de decirme:

—Tranquila, cariño, lo que no te mata te hace más fuerte.

—¿Acaso crees que tengo algún interés en convertirme en Hércules? —le respondía airada yo.

Mi padre, por su parte, no se cansaba de repetirme:

—Lo mejor está por venir.

—Pues cuando hice el pedido debí de equivocarme al escribir mi dirección —le contestaba picajosa yo.

Finalmente, los amigos me intimidaban, y hasta me acosaban, para que abandonara la isla de negatividad en la que me había recludo.

Yo, sin embargo, lo único que me preguntaba era por qué todos tenemos que ser necesariamente felices, con el propósito último, además, de alcanzar un estado de felicidad constante.

Por lo que a mí respecta, la gente tiene derecho a instalarse en la república independiente de la mala leche, incluso con carácter permanente, puesto que la vida resulta con más frecuencia pésima que óptima.

En consecuencia, ése era el objetivo que me había propuesto para el día: vomitarle al primero que se atreviera a lanzarme algún impropio positivo y demás parafernalia feliz, una meta que se sumaba a la inicial planteada seis meses atrás, que no era otra que vengarme.

Hay gente que, a lo largo de su vida, lo único que tiene claro son sus dudas. Mis ideas, por el contrario, rayaban en la transparencia de puro nítidas que eran.

Y su fin último era conseguir que yo me desquitara.

¿Quién no ha querido escarmentar a todos aquellos que le han causado algún mal? ¿O a unas cuantas decenas? ¿O como mínimo a uno?

Pues en mi caso se trataba de un par: Valeria y Mauro.

De tener que definirlos sirviéndome únicamente de unas pocas palabras, diría que se trataba del diablo y del que le vendía su alma, aunque sin saber muy bien cuál de los dos era quién.

No obstante, llegados al punto en que me encontraba, tanto daba.

Para llevar a cabo mi venganza, lo único importante era contar con la voluntad y la determinación necesarias para hacerlo.

Y yo estaba en posesión de ambas.

En consecuencia, nada de recomendaciones motivadoras, de pensamientos *mindfulness* o demás verborrea positivista.

A muerte con ellos.

Y, a poder ser, no sólo en el sentido figurado de la palabra.

En mi opinión, cuando la vida te agarra por los pies y te sacude queriendo deshacerse de tu cabeza, cuando el dolor que te inflige excede al que tus entrañas pueden soportar, cuando tus perspectivas se ennegrecen como un cielo de tormenta, y cuando te preguntas si en algún momento futuro habrá —en tu alma— vida antes de la muerte, lo que no puedes hacer es dejarte invadir por la desesperanza, ya que anula cualquier propósito. Sin embargo, la vida se hace más fácil cuando tienes uno.

Circunstancia que era, precisamente, la mía.

En general, la gente no se venga por múltiples motivos: porque

tiene miedo de que le devuelvan la piedra multiplicada por mil si la lanza, porque es buena, le da pereza o no tiene tiempo.

Yo, en cambio, tenía todo el del mundo. Y la razón se debía a que me acababan de despedir, de modo que, salvo dormir, comer y ver la tele no tenía ninguna ocupación más.

Por tanto, a la hora de actualizar mi currículum con vistas a nuevos trabajos, en la línea correspondiente a expectativas laborales había escrito un contundente: «Venganza». Y bien enmarcado en color rojo.

A lo largo de mi vida me había encontrado con varias personas que mantenían todas las relaciones afectivas que se les presentaban para no arrepentirse de no haberlas vivido. En mi caso, por el contrario, de lo que no quería arrepentirme era de no haberme vengado.

No obstante, cuando sucedieron los hechos que a continuación relataré, me enfrenté a unos primeros días de confusión.

Así, en aquellos momentos opté por seguir la dieta del vodka, gracias a la que perdí tres días en una semana. Y que, además, me sirvió de prueba para demostrar que, en la mayor parte de las ocasiones, cuando el corazón se rompe es el hígado el que recibe los pedazos.

Porque a mí no sólo me habían despedido.

Por consiguiente, no iba a convertirme yo en una de esas personas que se instalan en el *buenismo*. Al *malismo*, pues, consagraría todos mis esfuerzos, tanto los emocionales como los existenciales.

Mi vida. O en lo que se había transformado ésta.

El punto de partida lo constituía que llevaba encerrada en casa seis meses tras mi despido. Y sin exageraciones de por medio. Es decir, que unos ciento ochenta días avalaban mi enclaustramiento. O, en otras palabras, que mis pies no habían pisado una acera durante ese tiempo.

Dado que hoy en día la mayor parte de las gestiones, incluido el avituallamiento semanal, se puede realizar online, no había tenido una necesidad real de abandonar mi casa. Ni ganas.

Por desgracia, una mañana, cuando me disponía a sellar la tar-

jeta del paro por internet, el sistema me informó de que la página se encontraba bloqueada. Y por miedo a que el servicio no se restableciera en lo que quedaba de día, preferí acercarme en persona a la oficina ante la posibilidad de dejar de cobrar el subsidio por no cumplir con ese trámite.

—¡Arancha! ¡Qué sorpresa!

Arancha era yo, y el que exclamaba ante mi presencia, mi primer novio, Telmo, del que no había vuelto a tener noticias desde nuestra ruptura, acontecida mucho tiempo atrás. Y para situarnos en el contexto comentaré que desde entonces habían transcurrido cerca de veinte años, puesto que ambos, en la actualidad, ya habíamos superado la treintena. Y en cinco años en los dos casos.

—¡No me lo puedo creer! —prosiguió Telmo con su algarabía matinal.

Pero la que no estaba igual de exclamativa era yo, en primer lugar debido a que me partió el corazón en su momento y, en segundo, a mis pintas, que rayaban en la insalubridad. O sea, que me llega a pillar la policía de la higiene y me multa por conducta indebida, por no hablar de socialmente peligrosa, y probablemente contaminante, o incluso tóxica.

Vamos, que no fui en pijama porque con el que había dormido esa noche era de entretiempo y en la calle hacía dos bajo cero. Sin embargo, lo que sí llevaba puesto eran las legañas.

—¡Qué alegría verte! —continuó alabando la casualidad, demasiado efusivo en mi opinión tanto por lo que se refería a mi aspecto como a lo que sucedió entre nosotros la última vez que estuvimos frente a frente, cuando me aseguró que prefería dedicarse a desatracar las arquetas de las aguas fecales que volver a coincidir conmigo.

—¿En serio? —le pregunté en esa línea, y bastante perpleja, a decir verdad.

Sonrió a modo de respuesta en primer lugar, si bien segundos después me concedió una verbal.

—Claro, mujer. Tenemos que quedar un día para ponernos al día. ¿Hace una comida?

Dado el sitio en que nos encontrábamos, lo único que alcancé a pensar fue si en el restaurante al que acudiríamos aceptarían el resguardo de inscripción al SEPE como forma de pago.

—¿Tú también te has quedado en el paro? —inquirí de forma preliminar, sin querer comprometerme todavía a una cita.

Y vaya por delante que en ningún caso me quería regodear, sino consolar, con que su mala suerte —al menos la laboral— se hubiera equiparado con la mía.

—No —me aclaró de inmediato—. He venido a acompañar a un amigo que lo ha perdido todo, y no sólo el trabajo. Hasta a su mujer, la casa y el coche. Y como vive lejos, en una zona no especialmente bien comunicada, desplazarse en transporte público le resulta complicado.

«Qué buen amigo», me dije, el que no fue entonces conmigo, ya que siempre que podía me dejaba plantada, en la estacada, o cualquier otro eufemismo que signifique que no se presentaba.

Bien es cierto que cuando empezamos ambos acabábamos de cumplir los quince años, lo que podría eximirlo por exceso de juventud y falta de raciocinio o madurez. Pero a mí aquella estaca se me había quedado clavada.

En cualquier caso, la historia de su amigo me devolvió a la mía propia, puesto que junto con mi trabajo yo también había perdido a mi novio, Mauro.

O, mejor dicho, prometido. O casi marido, para ser exactos, porque me plantó en el altar.

Plantada, pues, parecía constituir el hilo conductor de mi vida, lo que debería haberme hecho reflexionar acerca de que, quizá, en lugar de tratar de continuar mi carrera por los derroteros acostumbrados, contaba con más futuro dentro de una maceta, una vez convertida en planta.

Asimismo, para mayor desgracia mía, el hecho de que mi pareja no se presentara en la iglesia constituyó el motivo de que Valeria se deshiciera de mí.

—Si no puedes controlar tu propia boda, no lo conseguirás con

las de los demás —me espetó cuando se hizo evidente que Mauro no aparecería.

Valeria era mi jefa, y también la dueña de la empresa para la que llevaba trabajando más de diez años, como organizadora de bodas ajenas, hasta que la propia me salió rana por culpa del príncipe, que se coló en otra charca.

Por más que intenté explicarle que la no comparecencia del novio no podía ser considerada fallo mío, y que en los diez años anteriores todas mis celebraciones habían sido catalogadas como perfectas por los novios intervinientes, Valeria no se apeó de su decisión.

Así pues, del salón de bodas pasé al de mi casa, donde me apalanqué en el sillón.

Y no me quedé con el vestido blanco *ad eternum* —emulando a la señorita Havisham de Dickens en *Grandes esperanzas*— porque tenía la espalda al aire y empecé a tener frío con la llegada del otoño.

Pero, volviendo al sillón, en él me senté una tarde de primavera y allí seguía dos estaciones después, frente a la tele, y durante un mínimo de veinte horas diarias. De hecho, cuando los amigos, inasequibles al desaliento, me insistían en que teníamos que quedar, yo, impasible el ademán, siempre les respondía lo mismo:

—Pero ¿qué os pasa? ¿Es que no tenéis un sofá? ¿O acaso no habéis pagado el IRPF y Hacienda os ha embargado la tele?

Ver la televisión. Ése era mi único entretenimiento. Y ocupación.

Puestos a reconvertirme, profesionalmente hablando, tal vez debería haberme postulado como crítica, de amplio espectro, al igual que los antibióticos, porque me lo veía todo.

Además, salvo vengarme, no contemplaba la realización de ninguna otra actividad.

Es más, en un alarde de previsión y prevención, ya había elegido el puente bajo el que me iría a vivir cuando se me acabara el dinero. Y, en honor a la verdad, llegados a este extremo, el único aspecto que me preocupaba era si allí podría enchufar la tele.

—¿Y qué tal te va la vida? —quiso saber Telmo a continuación, sacándome con ello de mis pensamientos.

Pues la suya quizá le marchara bien, pero la que no le funcionaba era la cabeza.

¿En serio? ¿Esa pregunta? ¿En ese sitio?

—Mejor imposible —le contesté no obstante, aunque con toda la ironía de que fui capaz—. Tenía tantos trabajos para elegir que finalmente me decanté por no escoger ninguno. Y pobre, tu amigo —concluí mi argumentación tratando de apartar la cuestión de mi lado.

—Voy a ver si lo ayudo. Sólo que su profesión no tiene nada que ver con la mía —pareció captar mi indirecta.

—¿Y a qué te dedicas tú?

—Soy arquitecto.

Pues sí que había prosperado desde la adolescencia. De no saber hacer la «O» con un canuto a encanutar planos.

—¿Y tu empresa no lo ha pasado mal con la crisis económica? —inquirí a fin de situarme en un escenario en el que mi fracaso no fuera tan notorio—. Tengo entendido que afectó mucho al sector.

—A río revuelto, ganancia de pescadores. Y, por otra parte, todo se hace más fácil cuando tú eres el dueño.

Lo que me faltaba. Tras de puta, apaleada.

No sólo mi jefa me había enseñado la puerta y Mauro no la había cruzado, sino que mi primer amor, el que me dejó convertida en chatarra emocional, había logrado triunfar hasta en tiempos abruptos.

Y por lo que se refería estrictamente a Mauro, había un problema añadido que empeoraba la situación, o mi situación, para ser exactos.

Así, mi novio no me había dejado por un hombre, lo que siempre puede tener un pase debido a la posible confusión en su orientación sexual, aunque inevitablemente te haga pensar que muy mal os ha tenido que ir en el camino emprendido para que no le haya quedado más remedio que cruzarse de acera. Y, de la misma manera, tampoco me había abandonado por una mujer más joven —que

suele ser lo habitual, y hasta lo esperable—, dado que era él quien me sacaba cinco años a mí.

El verdadero problema radicaba en que se había ido con una veinte años mayor. O sea, con una de sesenta, que no era rica para más señas, por lo que el braguetazo no constituía una opción.

Y eso no puede haber nada peor que lo supere.

O tal vez sí..., si reparaba en mi estilismo aquella mañana, maquillada con la legaña y pertrechada con el modelito *prêt-à-maison*, que para el que no conozca el lenguaje de los parados no significa «listo para llevar», como la versión original, sino «para estar en casa». Asimismo, en ningún caso se trataba de un glamuroso *dés-habillé*, sino más bien de un deshilachado atavío que hasta Cáritas habría rechazado por lo harapiento de su aspecto de haber querido donarlo.

Y para completar el conjunto, mi pelo estaba recogido en una coleta tipo plumero que, lejos de mostrar un cierto grado de aseo como su nombre sugiere, evidenciaba justo lo contrario.

Por todo este cúmulo de circunstancias, resultaba evidente que no podía quedar con él, con Telmo.

Además, independientemente de la situación que acabo de plantear, se encontraba el hecho de que después de tantos meses encerrada en casa, y arrellanada en el sofá, había perdido no sólo la musculatura de las piernas, sino también la de la lengua. Así pues, ¿de qué iba a hablar con él?

Por otra parte, estaba convencida de que la mayor parte de mis neuronas habían sido asesinadas por la televisión, por no hablar de mi estómago, al que por falta de costumbre se le habría indigestado cualquier alimento decente. Es decir, que comía lo mismo que veía: comida basura, telebasura.

Incluso en mi nueva faceta como planta mi actividad cerebral sería mayor.

Bien regada e iluminada, ¿acaso se le podía pedir más a la vida?

—¿Nos vemos uno de estos días entonces? —insistió Telmo por segunda vez, devolviéndome a la cruda realidad.

Más por marcharme lo antes posible de allí que por verdaderos deseos de quedar, le acabé anotando mi número de teléfono.

—Genial. Voy a estar fuera unos días por motivos de trabajo, pero en cuanto regrese te doy un toque.

Tocada ya me había dejado, como la fruta cuando se pasa de madura.

Y el remate lo constituyó que, al llegar a casa, me encontré al repartidor del supermercado, que venía a entregarme el pedido semanal.

—¿Han activado alguna alerta nuclear? —se mofó al encontrarme en el lado no acostumbrado de la puerta, y mejor vestida de lo habitual.

—No, pero van a fumigar todo el bloque. Al parecer, han detectado una plaga de mosquitos que si te pican generan impotencia.

Se marchó de allí tan corriendo que ni siquiera cayó en la cuenta de que esos insectos son estacionales. O, dicho con otras palabras, que en invierno —época en la que nos encontrábamos— permanecen en estado de hibernación.

Unos segundos más tarde, el timbre de la puerta sonó, por lo que pensé que venía a ajustarme las cuentas, y no precisamente las de la compra.

Sin embargo, se trataba del repartidor de Correos en esta ocasión.

Me entregó un paquete, algo que me dejó totalmente sorprendida, puesto que no recordaba haber comprado nada.

No obstante, en el apartado asignado al destinatario, tanto mi nombre como mi dirección estaban perfectamente escritos.

—Será un regalo —me indicó el cartero al observar mi confusión.

De ser cierto, esa persona era tan ajena a mí como el propio contenido del paquete, que, una vez abierto, demostró que no era para mí.